

La espada de la Justicia

EL tiempo viene de espadas, ya que no, por fortuna, de sables. A una bicicleta de Miguel Indurain le llaman "la espada". La humanista Maruja Torres acaba de descubrir "la espada de Demóstenes" y alguien tendrá que inventar ahora el discurso de Damocles para compensar. Felipe González, como se ha creído que es el Rey Sol y se pasa las horas diciendo que "La democracia soy yo", ve conspiraciones antidemocráticas por todas las esquinas y por las noches le pilla el terror de que aparezca "El Espadón de Loja", el caballo de Pavía, con Pavía blandiendo la espada, o el conjurado republicano Antonio García Trevijano, con una espada en forma de libro.



PERO la espada que más relumbra en este tiempo de espadas es la espada de la Justicia. Además de estar con "la espada de Demóstenes" pendiente de un hilo sobre nuestras cabezas, tenemos encima la espada de la Justicia. Los gobernantes de esta hora, más que ir hacia el escaño y hacia la poltrona, están acercándose al banquillo, y algunos de ellos ya tienen la cabeza doblada en espera de que la espada les decapite. La política reside ahora en los juzgados, y en vez de solventar los asuntos políticos en los pasillos de las Cortes, se solventan en los pasillos de la Audiencia Nacional. El ministerio del Interior de José Barrionuevo ha pasado casi al completo por las celdas de la cárcel. Rafael Vera está fuera gracias a los doscientos millones de pesetas que ha entregado el PSOE para pagar la fianza. En realidad, el PSOE tendrá que convertirse de ahora en adelante en una Orden benéfica para redimir al cautivo. Además de Vera, ha pasado por la trena toda esa redada que ha hecho el juez Baltasar Garzón entre la tropa que organizaba Felipe González con el fin de jugar con los etarras al pin-pin-margarín.

La espada de Doña Justicia pende también ahora sobre las cabezas ilustres de los cuatro jinetes del Apocalipsis, González, Barrionuevo, Narcís Serra y Chiqui Benegas. Sobre el presidente González se ciernen el precedente de sus amigos y correligionarios Carlos Andrés Pérez y Bettino Craxi. Este festival celtífero y socialista de corrupción, prepotencia, desprecio al derecho y a la moral, desastre de gobierno y abuso del poder que conceden las urnas, tenía que terminar así, con los jaquetones de "La democracia soy yo" entregados a las togas y sentados en el banquillo de los acusados. Al final, aquel Montesquieu que Alfonso Guerra quería muerto y enterrado, ha tenido

que levantar la cabeza y salvar "in extremis" lo que quedaba en nuestra democracia de la división de poderes, del Estado de Derecho y de la independencia de la Justicia.

Me lo decía anoche el iluminado profesor Jenaro Occhipinti mientras engullía en la terraza del Hotel Milano unos "raviolis de ricotta al pesto", un "carpaccio" de carne con apio, queso de Parma, aceite, limón y trufas, y un sorbete a los cuatro gustos con melindres de frutas. Cuando llevaba mediada la segunda botella de "Lágrima Christi" (ya se sabe que Occhipinti bebe "Lágrima Christi" a todas horas y en cualquier circunstancia y ocasión), el profesor comenzó a pontificar:

-Mira, "caro", en los países latinos, a las democracias, o se las cargan los dictadores o tiene que salvarlas a última hora un pelotón de magistrados. Entre nosotros, Antonio di Pietro ha hecho mucho más por la democracia italiana que Alcide de Gasperi o Don Sturzo. Es curioso, pero los políticos que más respetan las reglas democráticas son aquellos que provienen de un régimen autoritario o de una dictadura. Se conoce que tienen, más que los otros, un sentido severo del Estado además de tener el entusiasmo de los conversos. En Italia, mientras la República estuvo en manos de Amintore Fanfani, de Aldo Moro y de otros jóvenes fascistas arrepentidos, las cosas anduvieron más o menos razonablemente. Después, todo se ha ido al cuerno, y ahora nos vemos en la necesidad de inventar la república presidencialista o yo qué sé qué, si no queremos que la nación salte en pedazos, y que el energúmeno de Umberto Bossi proclame la República del Norte, y volvamos de nuevo a esperar que Garibaldi entre por la Porta Pia y se consume la unidad de Italia. Y vosotros estáis siguiendo, uno a uno, nuestros pasos, nuestros malos pasos.

"En los países latinos, a las democracias, o se las cargan los dictadores o tiene que salvarlas a última hora un pelotón de magistrados"

EL profesor Pietro Prini se había incorporado hacía un rato a la conversación, al sorbete a los cuatro gustos y al "Lágrima Christi", e intentaba en vano meter baza en el discurso, porque Occhipinti hablaba y hablaba sin tomarse respiro alguno.

-O dejais la salvación de la democracia en manos de los jueces y le explicais al jesuita rebotado que en España no hay otro pueblo que el español, y que no existe un pueblo vasco o un pueblo zurgenero, o conduciréis sin remedio al país camino de la muerte.

Al escuchar la palabra "muerte", el profesor Prini se llevó las manos a la naturaleza y alzando la voz como un trueno, cambió de conversación. ■